

## Breve defensa de la poesía

W. H. AUDEN,  
1907 - 1973

*Esta curiosidad es la intervención de W. H. Auden en una mesa redonda que organizó el PEN Club en Budapest, octubre de 1967. The New York Review of Books lo rescató en una entrega de 1986.*

Las discusiones sobre el papel del artista en la sociedad pocas veces dan fruto porque sus participantes no han definido qué quieren decir con los términos que usan. Mientras malinterpretamos lo que otros dicen, ni el acuerdo central ni la diferencia genuina de opinión son posibles. Empezaré, entonces, con algunas definiciones.

Individuo. En primer lugar, un término biológico: un árbol, un caballo, un hombre, una mujer. En segundo lugar, como el hombre es un animal social y nace sin formas instintivas de conducta, el término es sociopolítico: un americano, un doctor, un miembro de la familia Smith. Como individuos somos, se quiera o no, miembros de una sociedad o de varias sociedades, cuya naturaleza esta determinada por necesidades biológicas y económicas. Como individuos nos crean por reproducción sexual y condicionamientos sociales y sólo se nos puede identificar por las sociedades a las que pertenecemos. Como individuos, somos comparables, clasificables, contables, reemplazables.

Persona. Como personas, cada uno de nosotros puede decir yo respondiendo al tú de otras personas. Como personas, cada uno de nosotros es único, miembro de una clase propia con una perspectiva única del mundo, alguien que no se parece a nadie que haya existido antes y que no lo será a nadie que exista después. El mito de la descendencia de toda la humanidad de un solo antepasado, Adán, es un modo de decir que se nos llama a la existencia personal, no por un proceso biológico sino por otras personas, nuestros padres, amigos, etcétera. De hecho cada uno de nosotros es Adán, una encarnación de toda la humanidad. Como personas no somos miembros de las sociedades pero, junto con otras personas, tenemos la libertad de formar comunidades por amor a algo mas que nosotros, por la música, la filatelia o por el estilo. Como personas somos incomparables, inclasificables, incontables, irremplazables.

Al parecer muchos animales cuentan con un código de señales para comunicarse entre individuos de la misma especie, con el fin de transmitir una información vital sobre sexo, territorio, alimento, enemigos. En los animales sociales como la abeja, este código puede volverse complejísimo pero sigue siendo un código, una herramienta impersonal de comunicación: no evoluciona hacia el lenguaje porque el lenguaje no es un código sino la palabra viva. Sólo las personas pueden crear el lenguaje porque solo ellas desean abrirse libremente a otros, dirigirse a otros y responder a otros en la primera o segunda personas,

o por sus nombres: sin importar qué tan elaborados estén, todos los códigos se limitan a la tercera persona.

Como los hombres son a la vez individuos sociales y personas, necesitan un código y un lenguaje. Para ambos se emplean lo que llamamos palabras, pero entre nuestro uso de ellas como señales y nuestro uso de ellas como discurso personal hay un abismo; si no hacemos esta distinción no podremos entender un arte literario como la poesía ni comprender su función.

Los pronombres personales de la primera y segunda personas no tienen género; el de la tercera tiene género, y en realidad debería llamarse impersonal. Al hablar sobre alguien más a un tercero, la tercera persona es una necesidad gramatical, pero pensar en otros como él o ella es pensar en ellos no como personas sino como individuos.

Los nombres propios son intraducibles. Al traducir al inglés una novela alemana cuyo héroe se llama Heinrich, el traductor debe escribir Heinrich y no cambiarlo por Henry.

La poesía es lenguaje en el más personal, el más íntimo de los diálogos. Un poema sólo tiene vida cuando un lector responde a las palabras que el poeta escribió.

La propaganda es un monólogo que no busca una respuesta sino un eco. Hacer esta distinción no es condenar a toda propaganda como tal. La propaganda es una necesidad de la vida social humana. Pero no distinguir la diferencia entre poesía y propaganda les hace a las dos un daño indecible: la poesía pierde su valor y la propaganda su eficacia.

En formas más primitivas de organización social, por ejemplo en las sociedades tribales o campesinas, a la índole personal del lenguaje poético la oscurece el hecho de que la sociedad y la comunidad más o menos coinciden. Todos se ocupan del mismo tipo de actividad económica, todos conocen a los demás personalmente y más o menos comparten los mismos intereses. Más aún, en una sociedad primitiva, la poesía, el lenguaje de la revelación personal, no se ha separado de lo mágico, del intento por controlar las fuerzas naturales mediante la manipulación verbal. Por otra parte, hasta la invención de la escritura, el hecho de que el verso es más fácil de recordar que la prosa da al primero un valor de utilidad social no poético, como nemotecnia para transmitir conocimientos esenciales de una generación a otra.

Donde quiera que haya un mal social verdadero, la poesía, o cualquier arte para el caso, es inútil como arma. Aparte de la acción política directa, la única arma es el informe de hechos: fotografías, estadísticas, testimonios.

Las condiciones sociales que conozco personalmente y en las que tengo que escribir son las de una sociedad tecnológicamente avanzada, urbanizada y aglomerada. Estoy seguro de que en cualquier sociedad (no importa cuál sea su estructura-política) que alcance el mismo nivel de desarrollo tecnológico, urbanización y riqueza, el poeta se enfrentará a los mismos problemas.

Es difícil concebir una sociedad abundante que no sea una sociedad organizada para el consumo. El peligro en una sociedad así es el de no distinguir entre aquellos bienes que, como la comida, pueden consumirse y hacerse a un lado o, como la ropa y los automóviles, descartarse y reemplazarse por otros más nuevos, y los bienes espirituales como las obras de arte que sólo alimentan cuando no se consumen.

En una sociedad opulenta como Estados Unidos, las regalías dejan bien claro al poeta que la poesía no es popular entre los lectores. Para cualquiera que trabaje en este medio, creo que esto debía ser más un motivo de orgullo que de vergüenza. El público lector ha aprendido a consumir incluso la mejor narrativa como si fuera sopa. Ha aprendido a mal emplear incluso la mejor música, al usarla de fondo para el estudio o la conversación. Los ejecutivos empresariales pueden comprar buenos cuadros y colgarlos en sus paredes como trofeos de estatus. Los turistas pueden "hacer" la gran arquitectura en un tour guiado de una hora. Pero gracias a Dios la poesía aún es difícil de digerir para el público; todavía tiene que ser "leída", esto es, hay que llegar a ella por un encuentro personal, o ignorarla. Por penoso que sea tener un puñado de lectores, por lo menos el poeta sabe algo sobre ellos: que tienen una relación personal con su obra. Y esto es más de lo que cualquier novelista de bestsellers podría reclamar para sí.

*Traducción de Delia Juárez*

**Artículo aparecido en la pagina [www.nexos.com.mx](http://www.nexos.com.mx)**

EL ESCUDO DE AQUILES (1955)

*Traducción Miguel de Asúa*

Ella miró buscando por sobre su hombro  
Viñas y olivos,  
Bien gobernadas ciudades de mármol  
Y barcos sobre mares indómitos,  
Pero allí sobre el metal brillante  
Sus manos habían puesto en cambio  
Un yermo artificial  
Y un cielo de plomo.

Una planicie sin nada distintivo, desnuda y marrón,  
Ninguna hoja de hierba, ningún signo de vecindad,  
Nada para comer y ningún lugar donde sentarse,  
Y aún, congregada sobre esa monotonía,  
Se erguía una ininteligible multitud,  
Un millón de ojos, un millón de botas en fila,  
Sin expresión, esperando un signo.

Desde el aire una voz sin rostro  
 Demostraba estadísticamente que cierta causa era justa  
 En tonos tan secos y planos como el lugar:  
 Nadie se entusiasmaba y nada se discutía;  
 Columna tras columna en una nube de humo  
 Ellos se alejaron marchando, sobrellevando una convicción  
 Cuya lógica los llenó de pesadumbre, en alguna otra parte.

Ella miró buscando por sobre su hombro  
 Rituales piadosos,  
 Bueyes enguinaldados de blancas flores,  
 Libación y sacrificio,  
 Pero allí sobre el metal brillante  
 Donde debía haber estado el altar,  
 Vio la luz vacilante de la forja  
 Una muy otra escena.

Alambre de púas cercaba un lugar cualquiera  
 Donde aburridos oficiales holgazaneaban (uno de ellos hizo una broma)  
 Y los centinelas sudaban pues el día era caluroso:  
 Un grupo de buena gente común  
 Miraba desde afuera sin moverse ni hablar  
 Mientras tres pálidas figuras eran conducidas y atadas  
 A tres postes erigidos en la tierra.

La masa y la majestad de este mundo, todo  
 Lo que es de peso y siempre pesa lo mismo  
 Estaba en manos de otros; ellos eran pequeños  
 Y no podían esperar ayuda y ninguna ayuda llegó:  
 Lo que sus enemigos querían hacer se hizo, su vergüenza  
 Fue todo lo que el peor podría desear; perdieron su orgullo  
 Y murieron en tanto hombres antes que sus cuerpos murieran.

Ella miró buscando por sobre su hombro  
 Los atletas en sus juegos,  
 Hombres y mujeres danzando  
 Moviendo sus dulces miembros  
 Veloces, veloces, según la música,  
 Pero allí en el escudo brillante,  
 Sus manos no habían puesto un piso de baile  
 Sino una campo asfixiado de cizaña.

Un andrajoso chiquilín, perdido y solo,  
 Vagaba sobre ese baldío, un pájaro  
 Voló escapando de su piedra certera.  
 Que haya jóvenes violadas, que dos chicos apuñalen a un tercero,

Eran axiomas para él, que nunca había oído hablar  
De un mundo donde las promesas son cumplidas,  
O uno puede llorar porque el otro llora.

El forjador de armas de apretados labios,  
Hefesto, se alejó cojeando,  
Tetis la de los pechos brillantes  
Clamó su desaliento  
Por lo que el dios había forjado  
Para agradar a su hijo, el fuerte  
Matador de hombres, Aquiles, el de corazón de hierro  
Quien no habría de vivir mucho más.

## MUSÉE DES BEAUX-ARTS

*Versión de José Emilio Pacheco*

Acerca del dolor jamás se equivocaron  
Los Antiguos Maestros. Y qué bien entendieron  
Su función en el mundo. Cómo llega  
Mientras alguno cena o abre la ventana  
O nada más camina sin objeto.  
Cómo, mientras los viejos aguardan reverentes  
El milagroso Nacimiento, habrá siempre  
Niños sin mayor interés en lo que ocurre,  
Patinando  
En el estanque helado a la orilla del bosque.

No olvidaron jamás  
Que el eterno martirio ha de seguir su curso,  
Irremediablemente, en sórdidos rincones,  
Donde viven los perros su perra vida  
Y la yegua del verdugo se rasca  
Las inocentes grupas contra un árbol.

Por ejemplo, en el Icaro de Brueghel:  
Con qué serenidad  
Todo parece lejos del desastre.  
El labrador oyó seguramente  
El rumor de las aguas y el grito inconsolable.  
Pero el fracaso no lo conmovió:  
Brillaba el sol como brilló en el cuerpo blanco  
Al hundirse en las aguas verdes.

Y la elegante y delicada nave  
 Debió haber visto lo inaudito:  
 La caída de un niño que volaba.  
 Pero el barco tenía un destino  
 Y siguió navegando en calma.

1939

## ASILO DE ANCIANOS

*Versión de José Emilio Pacheco*

Todos poseen un límite: cada uno  
 Tiene un matiz de daño muy distinto. La élite  
 Es capaz de arreglarse por sí misma,  
 Caminar apoyada en un bastón,  
 Leer completo un libro, interpretar  
 Movimientos de fáciles sonatas.  
 (Pero acaso la libertad carnal  
 Es el veneno del espíritu:  
 Conscientes de lo que ha sucedido y el porqué  
 Abominan su tristeza sin lágrimas.)  
 Luego vienen los de silla de ruedas, el promedio  
 Que soporta la tele  
 Y guiado por amables terapeutas  
 Canta en comunidad.  
 Después los solitarios que musitan  
 Palabras en el limbo, y al final  
 Los que ya son del todo incompetentes  
 Y como una parodia de las plantas  
 (Ellas pueden sudar sin ensuciarse).  
 No obstante, hay algo que los une:  
 Todos aparecieron cuando el mundo,  
 A pesar de sus males,  
 Era más habitable y más vistoso  
 Y los viejos tenían auditorio  
 Y un lugar en la tierra.  
 (El niño reprendido por su madre  
 Podía refugiarse con la abuela para ser consolado  
 Y escuchar algún cuento.)  
 Hoy ya todos sabemos qué esperar,  
 Mas su generación es la primera  
 Que se ha desvanecido de este modo:  
 No en casa sino asignada a un pabellón, arrojada  
 Como se arrumban fardos indeseables.

Mientras voy en el Metro para estar  
Media hora con una del asilo,  
Recuerdo quién fue ella en su esplendor.  
Entonces visitarla era un orgullo  
Y no una caridad.  
¿Seré tan frío como para esperar  
Un somnífero rápido, indoloro;  
O bien para rogar, como ella ruega,  
Que Dios o la naturaleza precipiten  
Su función terrenal?

1970